

da, se convierte toda en dulzura y bondad; tiene la sonrisa de los ángeles en la boca y una transparencia celestial en la mirada; es demasiado escrupulosa para sí misma; no lo fía todo á la generosidad divina y derrama la limosna á manos llenas; las gentes la bendicen y la aclaman como santa.

Los preliminares para la boda de Sofia se han realizada; M. de Morangies, nuestro vecino y pariente á la vez por parte de su esposa, es quien nos ha presentado la demanda y el joven pretendiente.

No me ha desagradado su aspecto modesto y reflexivo, y su porte exquisito, delicado y admirable de todo punto. Creo que es uno de esos hombres rarísimos, que manifiestan á primera vista la seguridad de la dicha que han de proporcionar á su esposa, pero ¡ay! se llevará á mi Sofia muy lejos de nosotros y no vendrán á pasar en nuestra compañía más que seis meses del año! ¿Qué va á ser de mí, sin esta criatura que me quedaba como sombra de todas las demás? Ella cándida como á los ocho años, y espiritual como á los sesenta; era mi consejera y mi confidenta para todo; creo que la costumbre de tener con ella el corazón abierto, ha apresurado su gran madurez de juicio; en cuanto á su piedad, es todo un ángel y sólo temo el exceso, si es que puede llegar á serlo más; parece una madre de familia; no me cabe duda de si tiene hijos los hará hombres de provecho.

CXXXIII

13 Enero de 1828.

¿Hasta cuándo continuaré escribiendo en este libro? Sólo Dios lo sabe. Comprendo que, á pesar de

mis años, tengo sobre la tierra deseos y pasiones, y esto me aflige; mi corazón, sin embargo, es de Dios, á quien diariamente suplico se apiade de mí.

El estado actual de Francia me horroriza: los periódicos avivan el voraz incendio, que existe no solamente en la opinión sino en los corazones. Hemos tenido aquí grandes luchas con motivo de las elecciones entre M. de Rambuteau y M. Doria; Dios no puede gustar de estos hechos en que se calumnian los hombres mutuamente. M. de Villèle ha sido arrojado del ministerio; todo el mundo se encarniza contra la religión, que es mi único cuidado político. No me agrada por ningún estilo esta continua guerra de invectiva entre los periódicos de distintos partidos. ¿Cómo se comprende esta libertad sin limites que la prensa disfruta y que se dice es una necesidad del gobierno constitucional? Yo temo que este gobierno, del cual esperábamos tanto, no produzca más que tempestades, hasta dentro de las mismas familias; es muy frecuente que el espíritu de los hombres, antes que el espíritu de Dios, sea el que sople en estos desgraciados tiempos. Dentro de este sistema de gobierno no se observa más que vanidad, egoísmo, y deseos de realizar actos que tengan mucha resonancia, sean éstos del género que quiera.

M. de la Maisonfort, ministro del rey en Florencia, ha muerto en Lyon de vuelta de Toscana. M. de Vitrolles ha sido nombrado en su lugar; se cree que no irá hasta pasado mucho tiempo á ocupar su puesto; esto va á detener indefinidamente á Alfonso en Italia, Sofia, mi consuelo, mi sociedad única, mi hija querida, marcha este invierno á Mende. ¡Triste

de mí... Mi pobre marido está cada día más delicado, puesto que su dolorosa enfermedad va progresando; yo me consagro completamente á él, procurando hacerle olvidar el tiempo, como quisiera olvidarlo yo también, hasta que vuelva mi hijo de Italia. Se habla de nombrarle ministro de Francia, no sé dónde; ¿qué me va á suceder si es su alejamiento un destierro sin fin? ¡Qué triste es el ocaso de la vida, después de una continuada existencia de temores! ¿Dónde me refugiaré yo, si no es en la oración, que me calma siempre, como la conversación de un buen amigo justo, poderoso y sabio? ¡Ah! ¡qué felices son aquellos que creen en esta comunicación sensible de la criatura con el Creador del Universo!

CXXXIV

15 Abril de 1828.

Desde esta mañana me encuentro en Milly, pero por breves momentos. Siempre que estoy aquí me hallo dispuesta á escribir algunos párrafos en este *diario*, descuidado por tanto tiempo, y que ya tenía casi abandonado. Ya no tiene para mí el interés de otros tiempos, ni para continuarlo ni para leerlo de nuevo. Los acontecimientos consignados en él se van alejando, todo huye volando: á medida que vamos envejeciendo, vamos penetrándonos de la vanidad de todo y tenemos por lo tanto menos interés en conservar los recuerdos. Ya no me interesan sino los que pertenecen puramente al corazón, y éstos no hay necesidad de consignarlos. No obstante, aun quedan algunas épocas que quiero ir marcando debidamente: servirán más bien para mis hijos que para mí. Las últimas de ellas, las que

pueden conducir á la felicidad celeste, no pueden descuidarse. Voy convenciéndome cada día más de que he entrado en la vejez, á pesar de que no falta quien me diga que no se apercibe de ello, y que estoy conservada como á los treinta años; pero *crecen los hombres tras de mí*, como dice Virgilio, á quien estoy leyendo esta noche en un libro traducido por Boisgermain.

CXXXV

15 Septiembre de 1828.

Mi hijo Alfonso está conmigo; el miércoles 10 del mes corriente llegó aquí, acompañado de su esposa, su madre política y su encantadora pequeñuela, rebosando todos salud y alegría. ¡Gracias mil sean dadas á Dios! Alfonso está, sin embargo, muy flaco, y esto me mortifica, pero es preciso que me acostumbre á ello. He estado muy contenta, muy conmovida y muy ocupada, y á mi edad las grandes agitaciones, sean de alegría ó de pena, resultan peligrosas para la salud ya quebrantada naturalmente; sin embargo, como es necesario conformarse y buscar consuelo, éste se encuentra con facilidad cuando el corazón está contento, lo cual ciertamente es algo difícil en este mundo; á pesar de esto, no me faltan motivos para estar disgustada.

No se puede imaginar una criatura más bonita, alegre é inteligente en todo (con relación á su edad), que mi nieta Julia; es un verdadero tesoro; está perfectamente educada. Su madre va siendo cada día más perfecta, sin la menor afectación, va llenando todos sus deberes religiosos; ha cultivado también

mucho su talento y pinta perfectamente; nos ha traído algunas pinturas bellisimas, entre otras, varias que representan fielmente la figura de Julia.

CXXXVI

Milly, 3 Octubre de 1828.

Desde el lunes 22 de Septiembre estoy aquí completamente sola; he venido para presenciar nuestra pobre vendimia. Alfonso, Mariana, su madre y Julia, partieron el miércoles 17 para Monculot, en donde les han hecho un recibimiento como á los antiguos señores de otros tiempos. Fueron á darles la bienvenida las mujeres, vestidas de blanco, y los hombres disparando al aire sus fusiles. Ellos han dado una brillante fiesta campestre en los grandes jardines del castillo, pues se confunden con los grandes bosques de las inmediaciones.

Desde Monculot ha salido Alfonso para París, en donde ha sido llamado por sus amigos para consultarle sobre lo que llaman golpe de Estado. Alfonso asegura que fracasarán y que los Borbones, á quienes ama como yo, habrán de sucumbir ante el espíritu público en el caso que acepten la batalla. Acaso tenga razón; muchas veces se ve mejor el estado del país desde fuera que de dentro.

Por mi parte estoy aterrada por esta fiebre que veo recrudecerse todas las mañanas en los periódicos de ambos partidos; se me figura que no puede haber nada sólido ni duradero en un gobierno cuando con sus desaciertos convierte en un caos la opinión pública.

CXXXVII

7 Noviembre de 1828.

Alfonso ha regresado á París, donde fué muy bien

recibido por todos, y particularmente por el rey Carlos X. Se le hubiera nombrado inmediatamente primer secretario de Estado en España, si hubiese querido aceptar; él prefiere esperar para ir á Londres, lo cual se le ha prometido para dentro de un año; allí será solamente ministro plenipotenciario. Me ha traído una magnífica araña para mi sala de Mâcon, y bastante dinero, pues ha comprendido que andaba yo algo escasa por mis muchos gastos y recelos de mortificar á mi pobre marido. Estoy muy contenta porque mis hijos quieren pasar el invierno en Mâcon en compañía nuestra; ahora se encuentran en Saint Point. Alfonso me ha mandado algunos versos que va componiendo, los cuales me han gustado mucho; dice en ellos lo mismo que yo diría si tuviera su talento para expresarlo; es el eco de mi voz, porque yo no dejo de sentir la belleza, pero al pretender expresarla, enmudezco. Esto me sucede también en mis horas de recogimiento místico; en mis meditaciones siento como un fuego dentro del corazón, cuya llama no puede salir del pecho; verdaderamente que Dios no necesita de mis palabras para comprender mis intenciones, pero yo desearía que el fuego que pugna por salir del pecho convertido en palabras, se deslizara poco á poco por mi boca en cantos de alabanzas, en acciones de gracias, en himnos y oraciones; y que después pudieran escribirse, para que por siempre fuera su gloria ensalzada como yo lo deseo en los misteriosos secretos de mi corazón. Doy gracias á Dios porque ha concedido á mi hijo lo que yo deseo para mí: su voz será la mía: sus sentimientos iguales que los míos son.

(Hay aquí unos párrafos, que son un himno de reconocimiento para su hijo.)

CXXXVIII

13 Julio de 1829.

En esta fecha voy á narrar mi viaje á París, el cual, gracias á mi hijo, ha sido una continua dicha para mí. Tuve una satisfacción inmensa al ver de nuevo aquella ciudad de mi niñez, y al conocer los numerosos amigos con que cuenta Alfonso, todos ellos personajes distinguidos por su nacimiento ó sus talentos. Mme. Récamier, á quien dicen que me parezco, me ha dispensado una acogida excelente; he asistido en su casa á una lectura que ha dado M. de Chateaubriand, quien ha leído una tragedia titulada *Moisés*; la figura de este grande hombre me ha impresionado más que sus versos; tiene el aire majestuoso de un rey en medio de su corte. Me gusta más el aire natural y sencillo de otros hombres de gran talento, que estaban allí, y que yo ya conocía desde mi niñez. No obstante, la gloria tiene para mí grandísimo prestigio; creo que si mi hijo alcanzara algún día la más pequeña parte, estaría altamente satisfecha. Pero yo pido á Dios para mi hijo muchas cosas antes que esa gloria, que muy bien pudiera resultar vana, examinada detenidamente.

CXXXIX

21 Septiembre de 1829.

Mi pobre Alfonso es el que me ayuda á soportar los días de mi vejez, de un modo admirable; me colma de obsequios y atiende solícito á mis apuros, sean del género que quieran. Acaba de encargarse

últimamente de pagar, por nosotros, la pensión de tres mil francos que debemos á mi cuñada Mme. de Villars. Consigno aquí todos esos rasgos de su cariño hacia mí, y renuevo entre las satisfacciones de mi corazón, las mil y mil bendiciones que yo debo á Dios por los buenos hijos que me ha concedido.

Alfonso no se encuentra aquí en este momento; está en su propiedad de Monculot junto á Dijón; acaba de rehusar el llamamiento que le ha hecho el nuevo ministro, M. de Polignac, en la creencia de asociar su nombre en un ministerio que no parece del agrado de la opinión. M. de Polignac ha insistido, y mi hijo le ha contestado que de ninguna manera quisiera él arriesgarse á ser cómplice de un golpe de Estado contra la *Carta*: que este golpe de Estado, en su opinión, derribaría los Borbones; que él sabe perfectamente que M. de Polignac no abriga actualmente la intención de darlo, pero que la hostilidad recíproca entre el ministerio y el país, llevarían mal de su grado á M. de Polignac á un resultado fatal; termina rogando á M. de Polignac que se sirva olvidarlo para estos asuntos.

Alfonso me ha mandado esta carta, la cual encuentro, por desgracia, llena de razonamientos que convencen, pero que acaso interrumpirán las relaciones que tiene entre sus amigos, y entorpezcan su carrera diplomática. Yo considero que esto fuera una desgracia para mi hijo, pero estoy contenta de que obre conforme á sus principios, aunque á trueque de perder su bienestar. La opinión es la conciencia de los hombres políticos. Acaso esta conducta le sea favorable para el porvenir, porque las circunstancias han de cambiar necesariamente.

Hay en este momento una plaza vacante en la Academia francesa: muchos académicos, entre otros M. de Lainé y M. Royer Collard, han escrito á mi hijo para que se presente candidato, en la seguridad, dicen, de ser esta vez admitido. El ha rehusado con una altivez que no me atrevo á calificar: dice que donde se le ha esquivado la primera vez, no quiere, á ningún precio, solicitar la entrada nuevamente; como no es posible nombrar un candidato que no visite de nuevo á los académicos, no creo por lo tanto que se le nombre á él. Mi amor propio ambicioso, sale mortificado con esta su determinación, pero que Dios le humille lo celebro *con toda mi alma* (1).

Es forzoso, por lo tanto, que consigne una gran satisfacción que tuve luego; mi vanidad de madre se manifiesta demasiado, ya lo comprendo, pero... En una sesión pública celebrada por la academia de Mácon, hará unas tres semanas, á la cual asistió una multitud inmensa, todo el consejo general, todas las notabilidades de la ciudad y sus inmediaciones, leyéronse muchos é interesantes trabajos: M. de Lacretelle, un capítulo de la *Historia de la Restauración*; M. Quinet, joven gallardo y distinguido por sus conocimientos, un fragmento de un *Viaje á Grecia*; Alfonso debía recitar versos, se le esperaba con impaciencia; cuando llegó su turno, resonó un aplauso general; la concurrencia se puso en movimiento gritando, la mayor parte, que queria verle; colocóse en un sitio convenientemente elevado para poder satisfacer los deseos del público, y em-

(1) *Avec toute la partie supérieure de mon âme.* De tal modo se lee en el original.—(N. del T.)

pezó por una breve improvisación en prosa, suplicando y agradeciendo la benevolencia de sus ciudadanos y manifestando cuánto era su agradecimiento por el anticipado favor que se le dispensaba; este exordio gustó muchísimo y los aplausos se repitieron con entusiasmo. Luego recitó una epístola dirigida á M. de Bienassis, en la cual se encierran trozos de poesía tiernísima; se le interrumpía frecuentemente con murmullos de aprobación; Mariana y yo estábamos verdaderamente emocionadas; luego se nos colmó de felicitaciones y, por qué no decirlo, de dicha y orgullo; lo cual me parece algo perdonable. Dios lo quiere, y El ve y sabe bien, que lo que yo deseo es que el talento de mi hijo sirva para honrar su santo nombre.

Hablemos ahora de mis hijas, cuyas bellas cualidades me enorgullecen igualmente. Me gusta mucho recitar continuamente y con el pensamiento puesto en Dios, desde las arboledas de Milly, bajo la sombra de la casa que ha visto nacer á todos mis queridos hijos, este versículo de los Salmos: «Señor, ya que habéis sido mi tranquilidad y mi esperanza en los días de mi juventud, no me dejéis abandonado en los de mi vejez! ¡Cuando las fuerzas me faltan, no me retiréis vuestra diestra mano!»

— ¡Bastal ¡bastal... Yo debo empezar á reflexionar seriamente sobre la decadencia de mi vida; si miro adelante, corta; y larga si dirijo hacia atrás la vista, porque veo los muchos deberes que he debido cumplir.

CXL

Milly 21 de Octubre de 1829.

¡21 de Octubre!... ¡aniversario del día en que na-